

## Desafíos y revitalización del Trabajo Social en la nueva Modernidad

**Aristides Giavelli I**

Psic., Universidad de Chile; dr. rer. nat., Universidad de Humboldt - Berlin, Alemania.  
Investigador Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Autónoma de Chile.

### Resumen

Se discuten los factores indicados como determinantes en el fallecimiento del Trabajo Social: la irrupción de las hiper-tecnologías, el colapso de las grandes narrativas teóricas y el dislocamiento de la estructura social que acompaña a la globalización. Se sostiene que, con todo lo invasivo que puedan ser las tecnologías, siempre nos encontraremos remitidos a un escenario humano esencial que ellas no pueden suplantar. Los sistemas expertos pueden fallar y los trabajadores sociales pueden ser los encargados de restituir la confianza. El devenir ciego de la moderna sociedad tecnologizada no puede obviar los implícitos de la modernidad ilustrada: la consecución para cada uno de la justicia y la igualdad. La nueva perspectiva del Trabajo Social se sustenta en esa aguda contradicción: debe asumir la ineludible tarea de la inclusión. La falta de una teoría social dominante, a su vez, favorece la fragmentación y creatividad en cada disciplina. El Trabajo Social -espacio híbrido-, puede superar la distinción entre teoría y práctica, acercándose a un enfoque integrador, situacional, participativo y emancipador. La incertidumbre conceptual favorece una reflexión incesante, plenamente entrelazada con la acción: una “reflexión-acción”. Por último, no obstante la globalización, el trabajo social permanece envuelto en las redes circunscritas y locales de los desplazados. Con menos estado benefactor, donde ya existían sectores desprotegidos, crecerá el volumen de la población vulnerable. El Trabajo Social, estatal y no estatal, debe enfrentar estos nuevos desafíos y adecuarse a las consecuencias del ajuste estructural. El Trabajo social tradicional será insuficiente. Una nueva modalidad, adecuada a esta era, sí.

### Palabras Claves

-Nuevas tecnologías- -teoría social- -globalización- -ajuste estructural- -“reflexión-acción”.

## 1.- Crónica de una muerte demasiado anticipada

A fines del 2000, como una extensión simple de esa moda anterior llamada -con cierta premura- “post-moderna”[1], la cual daba por agotadas y deshechas las grandes narrativas de la modernidad, desde la filosofía y el arte hasta la vida cotidiana, desde el corazón de la teoría de cada disciplina hasta la intimidad de la familia y la construcción reflexiva del “yo”, también se hizo frecuente postular el ocaso de muchas cosas, particularmente de lo que pudiese obstaculizar la arremetida, en todos los ámbitos, de las reformas neo-liberales. Encabalgadas sobre los procesos de desmoronamiento del bloque soviético surgieron las expresiones, predominantemente optimistas, que hablaban del fin de las ideologías, de la política, de la historia y ¿por qué no?, del “fin del Trabajo Social” (Kreuger, 1997). Si ya se constataban fisuras profundas en el atacado edificio del “Estado de Bienestar”, era consecuente plantearse el cuestionamiento radical de una de sus actividades características. En los E.E.U.U. De América y en Inglaterra, paladines del modelo liberal a ultranza, la re-orientación del Trabajo Social, en el contexto de la economía de mercado, ya era patente, con el traspaso a manos privadas de muchos servicios públicos (Walker, 2001). En América Latina, la ola de privatizaciones, el traspaso de la responsabilidad a los individuos y la focalización de los programas no han cesado desde entonces.

En el nuevo siglo, según Kreuger -y ya llevamos una década recorrida-, al menos tres factores serían decisivos en el des-perfilamiento progresivo de esta actividad profesional: el surgimiento constante y avasallante de las nuevas hiper-tecnologías, que tornarían obsoletas las habilidades de intervención conocidas; el colapso definitivo de las bases epistemológicas y normativas de las grandes teorías (narrativas) que sustentaban el edificio conceptual de su quehacer (marxismo y psicoanálisis, principalmente), dando paso a un era proclive al conocimiento práctico, coyuntural y trivial; y, por último, la dislocación radical de las estructuras sociales, partiendo por el debilitamiento de la nación y el Estado, la extensión y profundización de la globalización en un mundo sin fronteras, y la consiguiente pérdida de dirección del aparato y sector público, que harían inútiles las formas acostumbradas de atención de los servicios asistenciales. Así, sin competencias funcionales relevantes, sin teoría o fundamento para la acción profesional y sin la aquiescencia ciudadana, el Trabajo Social simplemente -insistía este autor-desaparecerá. Podríamos agregar -aunque el texto no lo hace-, que el planteamiento es posible emparentarlo con aquella máxima recurrente, pero igualmente engañosa: “menos Estado y más libertades para los individuos”; si esto se acepta, ergo, menos Estado implica la disminución progresiva de los trabajadores sociales al servicio del Estado. En un constructo ideal, un estado jibarizado al extremo debiera, en estricta lógica, hacer desaparecer, por superfluos, a los trabajadores sociales. Sin contar por ahora a los muchos que laboran en agencias y organismos no estatales, la pregunta que surge de inmediato es: ¿después del Estado qué?. La tesis marxista postulaba su disolución como producto de la abolición de las clases sociales, pero estamos en las antípodas de esa posibilidad y no se advierten señales suficientemente poderosas que apunten en esa dirección; por el contrario, los escenarios de crisis que se viven -también globales- han determinado que la única respuesta plausible y efectiva en esos momentos sea “más Estado”. Pero esto nos remite, nuevamente a la vieja disyuntiva: la de un Estado fuerte y centralizado que puede sobre-proteger a sus ciudadanos cautelando la satisfacción, en lo posible, de sus necesidades y aspiraciones, al tiempo que los margina del proceso de toma de decisiones y de su influencia en la actuación de los servicios públicos o, vice-versa, la de un Estado disminuido que supone sólo proveer una mínima protección en función de man-

tener la libertad individual, en donde la eventual acción de la ciudadanía se reduce a la del comportamiento posible del consumidor; el ciudadano, en ese contexto, no es más que un actor pasivo, un paciente o un cliente que espera recibir la mejor atención (Prior et al., 1995, pp. 5-21). El dilema queda sin resolver (aunque el desfinanciamiento de las arcas fiscales anticipan hacia dónde, probablemente, se habrá de inclinar la balanza); mientras tanto, el Trabajo Social, de lleno en la disyuntiva, permanece en la búsqueda de su definición, pero no se advierten en él las señales de su deceso.

Aunque lo así expuesto -visto desde una perspectiva diferente- puede ser tratado sin más como una liviana expresión de la ideología de la época, no resulta del todo inútil detenerse en algunos de los aspectos considerados -toda vez que los factores mismos son ciertos-, examinar algunos de ellos someramente y profundizar con mayor rigor en el tema de la globalización y sus consecuencias, que nos parece, en esta oportunidad, relevante.

## 2.- Las nuevas tecnologías y las nuevas demandas de la sociedad avanzada.

En la nueva sociedad de no todos los habitantes del planeta, el énfasis en el conocimiento y la irrupción constante y acelerada de nuevas tecnologías, de incorporación inmediata a la praxis social, constituye un hecho indiscutible (respecto de sus resultados o consecuencias, eso sí, no existe un consenso similar). Kruege reseña ciertos logros de la ciencia y la técnica, algunos ya operantes y estructurantes de nuestra vida cotidiana (al menos en un segmento no menor de la población mundial), como los artefactos de realidad virtual, los ambientes cibernéticos que modifican las fronteras y fenómenos entre máquinas y organismos, con usuarios que reacomodan sus vidas en circuitos electrónicos privados; terapias electrónicas que pueden reemplazar, progresivamente, a los consejeros, terapeutas, trabajadores sociales que interactúan “cara a cara”; o la tremenda y asombrosa revolución genético-química, que -no tratada así por Krueger-con una potencia de indagación inimaginable puede establecer los riesgos propios de cada individuo, perdiéndose así la base del pretendido contrato social y de la solidaridad por el desgarramiento del velo de la ignorancia: en un caso el riesgo aparece probabilísticamente repartido en la población y, en el otro, el riesgo es dimensionable para cada uno[2]. Efectivamente, el impacto de lo nuevo, minuto a minuto, es imparable, pero quizá también “ingobernable”; cada producto de la intervención humana en todos los rincones de la vida aumenta el “riesgo”, de ¿qué?, de lo incontrolable, del aumento también creciente de las consecuencias no calculadas y de las nuevas amenazas; “...a la división del trabajo muy diferenciada le corresponde una complicidad general, y a ésta una irresponsabilidad general” (Beck, 1998. pg. 39). Se ha desarrollado así la nueva modernidad, la sociedad del riesgo. Podrán constatarse en muchos países índices más altos en las dimensiones acostumbradas de “calidad de vida” -aunque esto no ocurre en la mayoría-, pero esa forma del progreso no es directamente asimilable con “bienestar”. Muchas tecnologías de las indicadas arriba, más que favorecer la integración debilitan los vínculos sociales, ya precarios de esta “sociedad de individuos” (Elias, 1990); son otra expresión, fuertemente favorecida por el consumo, de ...”ese proceso complejo torpemente apodado “individualización” que consiste en retirar paulatinamente, una por una, toda red de seguridad tejida y gestionada socialmente, al tiempo que se incita a los individuos a saltar audaz y temerariamente, confiando únicamente en sus propios recursos” (Bauman y Tester, 2002, pg. 203). La búsqueda incesante del proyecto vital en circuitos privados, cirugías plásticas y terapias, todo apoyado por sofisticadas técnicas y artefactos, muestran -sin lugar a

dudas- que el impacto tecnológico sobre la vida humana ya ocurrió, pero forman parte de un conjunto que nos hizo devenir en seres más desvalidos y no más autónomos. En ese paisaje contemporáneo, también mentado como la “era del vacío”, la incertidumbre y la inseguridad de las personas dejaron de ser sentimientos ocasionales y pasaron a ser crónicos. La ansiedad y la tensión permanentes en grandes sectores de la población, que los Estados-nación parecen ignorar, se conjugan con la percepción de inevitabilidad y de impotencia, lo que redundo viciosamente en mayor solipsismo y aislamiento. Y aunque alguna vez se haya pensado -como otra cualidad de lo vulgar- que los pobres no sufrían de neurosis, la práctica de miles de profesionales de las ciencias sociales a lo largo de más de un siglo confirma exactamente lo contrario; la dimensión de los conflictos, individuales y grupales, su profundidad y alcances -al igual que otros fenómenos sociales contemporáneos- se han hecho impredecibles. Huelga decir que son esos pobres, vulnerables y vulnerados, esos que conforman la mayoría de la población americana pero continúan al margen de los atributos de la modernidad, los que presionan con fuerza creciente sobre los servicios estatales y sobre quienes laboran en ellos, haciendo imposible su extinción.

Pero el impacto de la ciencia y la técnica en la sociedad entera -y en la naturaleza, hecha ahora “social”- no significa sólo la extensión mecánica de una función orgánica y natural, como lo visualizan ciertas posturas positivistas, sino -como lo entendiera Hegel, por ejemplo- la utilización del instrumento implica, dialécticamente, una transformación radical en los seres humanos. Esta fenomenología inestable, tan dinámica como la sociedad misma, constituye la particularidad nuestra desde los primeros asentamientos humanos. La “transformación de la intimidad” no es sólo atribuible a la modernidad (como lo estima Giddens, 1993); ha sido un continuo de modificaciones a lo largo de muchos siglos, mejor representada, quizás, como resultado del “proceso civilizatorio” (Elías, 1997). No obstante, la rapidez, dimensiones y ámbitos del cambio, son innegables como atributos sustantivos de la primera modernidad (industrial), y del todo amenazantes en su prolongación en la nueva modernidad del riesgo (Beck, 1998; Giddens et al., 1996). En ella, el cúmulo de conocimiento científico, logros técnicos y bagaje profesional, organizados sobre la base de la división del trabajo, que se condensa y realiza en miles de productos y operaciones de uso diario, derivan de la acción de los “sistemas expertos” (inicialmente formulados por Freidson, 1986), y con esos sistemas (de tanta complejidad que sólo podemos formularlos de modo abstracto) interactuamos desde nuestro nacimiento y a lo largo de nuestra biografía. La interacción que aprendemos a sostener con ellos no es de la misma índole que la confianza que experimentamos con los iguales, en las relaciones “cara a cara”; se sustenta en un “fe” aprendida, que, sabemos -por eso el riesgo- puede ser defraudada. De ahí que se haga la distinción entre confianza (directa) y fiabilidad (indirecta). Los sistemas fallan (“se cayó el sistema”) y, por lo mismo, es frecuente que pierdan credibilidad y legitimidad. Por lo que se advierte, con todo lo invasivo que puedan ser las tecnologías, que siempre nos encontraremos remitidos a un escenario humano esencial que ellas no pueden ni podrán suplantar, esto es, la primacía ontológica del vínculo con el prójimo, el “otro”, que constituye nuestra realidad fenomenológica superior, primaria y determinante, la realidad por excelencia (Schuts y Luckmann, 1973). Por lo demás, sin entrar en los detalles de la distinción inglesa entre confianza y fiabilidad (“trust and confidence”), conviene reparar en algo simple y suficientemente conocido que marca la diferencia en lo que aquí se trata: siempre habrá trabajadores sociales que actúen bajo el rótulo de “expertos”, dirigiendo la atención de acuerdo con los procedimientos, leyes y reglamentos, en el marco estricto



de la racionalización y del “poder” burocráticos; a su vez -y es el sentido de las propuestas críticas y de renovación de esta disciplina-, en muchos casos, particularmente en presencia de personas dañadas y sumidas en la “desesperanza aprendida”, el trabajador social se empeña en “construir lazos de confianza”, “ganar la confianza del otro” y, también, apoyar y fortalecer la confianza en sí mismos de los propios actores. En un caso predomina la distancia vertical y jerarquizada, en el otro se intenta generar una cierta cercanía horizontal entre iguales (para un análisis extenso del tema, ver: Smith, 2001).

Con todo, no es posible ignorar el impacto de las nuevas tecnologías de información y comunicación, que parecen provocar un vuelco en la forma de pensar, desde una base de “narrativas” a otra sustentada en bases de datos. Dado que el Trabajo Social se relaciona, primariamente, con personas y sus relaciones, se puede postular que su acción tiende a moverse desde lo “social” hacia lo “informativo” (Al respecto y para lo que sigue, ver: Parton, 2008). Crecientemente -es innegable- el trabajo de los distintos servicios se concentra en la información disponible de las personas con las cuales trabajan, y esto se utiliza como forma de registro de los éxitos o fracasos, tanto del propio sistema como de las otras agencias involucradas. A su vez, históricamente reconocido, el Trabajo Social surge y se desarrolla desde mediados del siglo XIX como un espacio híbrido entre lo privado y lo público, desarrollando una zona intermedia de relaciones entre las leyes, la seguridad social, la salud y la educación, y las familias. Por qué no decirlo, ocupa también el espacio entre las clases honorables y educadas y las peligrosas y despreocupadas. Forma parte del esfuerzo de los Estados por normar a la población con respecto a sus obligaciones y el respeto de las leyes y reglamentos. En términos foucaultianos, siempre estuvo asociado al *cuidado* y al *control*. Los nuevos sistemas centralizados de información, en todos los niveles, en las agencias estatales y en las no gubernamentales, sin duda que modifican el cuadro del Trabajo Social por intermedio de procedimientos cada vez más reglamentados y burocratizados, en los cuales se profundiza esa acción “constructiva” de un sujeto de atención, cada vez más particularizado, des-territorializado, des-contextualizado y, como no advertirlo, más des-humanizado. Surge la cuestión entonces: ¿cómo impacta esto en la forma de conocimiento de esta disciplina?, ¿la modifica, parcial o ampliamente, y -si lo hace-, en que forma y qué determina eso?. La lógica inicial de esta actividad se sustentaba más en una interrelación dialogada (aún prevalece esto en muchos lugares del mundo), como es el caso de la antigua medicina, que ha dado paso a una relación fragmentada en una multitud de especialistas y a un número inacabable de exámenes. Un caso cualquiera, entonces, como maltrato familiar, abuso, deserción escolar, mendicidad, etc., puede corresponder a un caso más dentro de una gran realidad estadística, que debe ser tratada de acuerdo con cierto procedimiento más o menos estandarizado. Aunque no es todo lo que ocurre, mucho de esto -reconozcámoslo- es crecientemente lo que pasa. Al igual que en otros dominios de la sociedad actual, las personas y sus vicisitudes devienen datos tipificados, estadísticamente asignados y correspondientemente tratados. Un supuesto implícito en eso es que esta nueva modalidad resulta más “objetiva”, clasificable, determinable y medible, de modo que el control de la eficacia de la intervención aparece cuantificable. Con esto, los sistemas de control por el gasto incurrido pueden responder en sus balances periódicos. Por cierto, la información aparece accesible y disponible; la decisión de los profesionales puede ser menos discrecional y es controlable, pero, al mismo tiempo, la historia que no calza en el cuadro de las tipificaciones disponibles debe ser ajustada o, sencillamente, ignorada[3]. La historia real, en múltiples ocasiones, puede ser catalogada de tal modo que

no corresponda con la original en absoluto. Si en alguna época el Trabajo Social intentaba aprehender el caso en su integridad -aunque a veces surjan dudas al respecto-, puede que eso, en la actualidad, no sea posible. Las bases de datos crean una casuística virtual que resulta más decisiva que el caso que le dio origen. La realidad de la información codificada puede quedar por encima de la realidad social a la cual se debe. Aunque todo el sistema adquiere cada vez más el carácter de sistema de vigilancia (Foucault), se acentúa la utilización de bases computarizadas de información con el propósito de mejorar las diversas medidas de prevención, detección temprana, intervenciones en crisis, reinserción y seguimiento, como factores claves en las estrategias de acción de la atención a los problemas sociales de la población.

En síntesis, en este primer punto, lo que importa destacar es que la incorporación incesante y sin límites de las nuevas tecnologías comporta, como agregado inevitable de esta nueva estructura cotidiana de la vida, en modo alguno la sensación de satisfacción de las demandas implícitas en el “proyecto de la modernidad” (Habermas), más bien torna evidentes las fallas estructurales de un proyecto inconcluso. Cada avance técnico dibuja en el escenario mundial el nuevo rostro de la inequidad; las maravillas del conocimiento y sus asombrosas aplicaciones hacen resaltar con extrema crudeza la fragmentación social y la precariedad en todos los ámbitos de millones de marginados de esta forma de “progreso”. Algunos estudios empíricos acerca de esta realidad, transcurrida una década del nuevo milenio, muestran incluso en países desarrollados que, con todo el potencial comunicativo y de inserción en redes que contienen las nuevas tecnologías, ellas siguen estando ajenas para un gran porcentaje de excluidos (Cabrera et al., 2005). Por atractivo y optimista que sea el planteamiento de Habermas, respecto del valor y rescate de la “racionalidad comunicativa” por sobre el predominio de la “racionalidad puramente instrumental” (Alba, 2006), lo que se confirma a diario es que las tecnologías forman parte constituyente del sistema mayor -social, económico y cultural- y no modifican su carácter, quizás lo acentúan. La consolidación y el avance -al parecer inexorable- de esta forma de destino, no sólo eleva la dimensión de la sociedad del riesgo al “riesgo global” -que ahora entraña peligro para todas las clases, aunque los pobres siempre serán los más afectados y vulnerables- (Beck, 2002), también provoca la irrupción de nuevas necesidades que se vuelven, porfiadamente, hacia la exigencia de relaciones primarias que recuperen o redefinan renovadas relaciones de confianza. El devenir ciego de la moderna sociedad tecnologizada sigue siendo acompañada, con mayor fuerza cada día, con los implícitos de la modernidad ilustrada, esto es, con la visión en cada uno de los habitantes de la consecución, para sí, de la justicia y la igualdad. De esta aguda contradicción emana -de modo radicalmente reflexivo-, para la política pública, para las ciencias sociales y, por supuesto, para la nueva perspectiva del Trabajo Social, la inmensa e ineludible tarea de la “inclusión”. Ésta ha de constituir el eje del pensamiento social, su mayor desafío y, al mismo tiempo, su revitalización.

### **3.- Los retoños de un árbol tambaleante.**

Un supuesto aceptado universalmente es que las profesiones basan su conocimiento teórico y su actuación sobre fundamentos mayores, meta-teóricos, epistemológicos y metodológicos. En consecuencia, colapsadas -como se postula- las grandes narrativas, las disciplinas perderían su foco conceptual y su acción práctica -por ende- se manifestará errática. Ahora bien, en estricto rigor ese supuesto básico, cuando se examina el recorrido de

las ciencias humanas durante el siglo XX, conserva su validez lógica, pero no coincide con la forma en que se ha construido esa realidad. El tema de la teoría, del soporte epistémico, en todas las ciencias sociales, y desde ese pilar el anhelo constante de un cuerpo conceptual unificado, ha sido la impronta -siempre frustrada- de las disciplinas avocadas a lo humano desde su origen, pero eso no ha constituido obstáculo alguno para el desenvolvimiento efectivo de estas especialidades. Por el contrario, al parecer la imposibilidad de hallar ese tronco seguro de referencia ha redundado en la proliferación entrecruzada de múltiples ejes conceptuales. En todas ellas, en ausencia de un paradigma central reconocido, surgen incesantemente modelos -muchas veces contrapuestos- que incluso coexisten en la práctica cotidiana de sus profesionales[4]. Y en este cuadro general no ha sido extraño oír hablar de crisis, alcanzando manifestaciones radicales que cuestionaban de raíz el armazón del conocimiento científico de los seres humanos, con el planteamiento final de la desaparición de esa figura, el hombre (Foucault, 1971). Sin embargo, aún aceptando la legítima duda existencial, proveniente tanto desde fuera como de su interior, las ciencias sociales continúan en pleno ejercicio y se muestran remozadas exactamente en su fragmentación incesante y en su hibridación progresiva, donde los márgenes entre las disciplinas favorecen la creatividad y la innovación, determinando una saludable re-estructuración permanente (Dogan y Phere, 1991; Comisión Gulbenkian, 1996). La cadena de interferencias entre las disciplinas, que se manifestaran como fenómeno generalizado ya en la segunda mitad del siglo XX, las cuales llevan a la recombinación transversal de los campos del saber, constituye un suelo fértil para la renovación conceptual y por tanto teórica, por lo que es legítimo colegir que el Trabajo Social -espacio híbrido por excelencia-, pisando sobre el terreno incierto actual, se encuentra en una posición privilegiada para enfrentar el desafío de superar las estériles disquisiciones entre, digamos, *objetivo/subjetivo* o *realidad/interpretación*, así como esa igualmente inútil distinción entre teoría y práctica, acercándose a poder hilvanar un enfoque integrador, situacional, participativo y emancipador (Cooper, 2001).

El colapso teórico postulado por Kruger -que no parece sustentable como tal-, en última instancia, a quien menos podría afectar sería al Trabajo Social. La colisión entre posturas contrapuestas, pretendidamente incompatibles, parece menos apremiante, al fin y al cabo, que la sobre-carga de trabajo en servicios constreñidos por recortes de presupuesto, racionalizaciones y controles de calidad, en medio de una población irritada que reclama nuevas y mayores exigencias cada día (Walker, 2001).

No obstante lo expuesto, el vínculo con la gran teoría permanece insoslayable. La mayor o menor cercanía con un marco conceptual superior, la necesidad de aprehender la realidad social en su totalidad y poder así visualizar el sentido de su devenir, resulta ineludible para el despliegue coherente del trabajo social práctico. En el siglo XX[5], además de las reformulaciones del psicoanálisis y del marxismo clásico, al menos dos perspectivas han merecido bastante atención en lo que atañe a sus alcances en el Trabajo Social, ambas no tan distantes entre sí: el construccionismo social y el realismo crítico (Houston, 2001). Lo que se desprende positivamente de estas posturas -cuidando no caer en el relativismo extremo- es el enfrentar el análisis cuidadoso de las estructuras que encauzan y condicionan la acción humana. En ese sentido, retomando los planteamientos centrales de este trabajo, los argumentos construccionistas se hacen cargo de ciertos cambios sociales relevantes ocurridos, como el debilitamiento creciente de la fe en la experticia técnica y la emergencia de nuevos movimientos sociales -con sus incesantes demandas-, en una progresión incontenible por sus nuevos derechos. Estas flamantes exigencias aparecen em-

parentadas con las críticas al positivismo ingenuo en las ciencias sociales; reaparece con mayor claridad el sentimiento de fracazo de la hermenéutica para elucidar el rol del poder en la configuración de las tramas de significado, y recrudescen el escepticismo ante la pretendida capacidad de la teoría para ofrecer un constructo conceptual universal sólido que permita contrarrestar los efectos deshumanizantes del imperio de la razón instrumental (Habermas, 1997). La línea de argumentación central en esta perspectiva es que el mundo social no constituye una realidad pre-existente o separable de la acción humana, en donde son determinantes las interacciones y el lenguaje; los hábitos, los actos reiterados, en fin, las rutinas que se institucionalizan (Berger y Luckmann, 1968). Nuestra percepción y comprensión del mundo que nos rodea y construimos están, siempre, condicionadas por la cultura y la historia. La visión y el entendimiento son contingentes; lo que percibimos no es simplemente objetivo (Garfinkel, en Wolf, 1990); el significado de un evento es circunstancial, cuestión que introduce -con el matiz inseguro de lo relativo- el punto de vista, inquietante, del observador. Al no disponer de un punto fijo de referencia independiente de nuestros ojos irrumpe, incontestable, la pregunta: ¿quién dice qué?.

Al interior de los enfoques que destacan la cualidad de “construida” de la realidad circundante merecen señalarse, al menos, dos voces imposibles de ignorar: una que articula en un sólo conjunto la subjetividad de la persona con su cultura y la sociedad (Mead, 1990); y la otra, posterior, que realza el tema del “discurso” por sobre las estructuras, o que las considera consustanciales a ellas, de modo que la subjetividad humana deviene en otro producto social, y donde el conocimiento y los múltiples dispositivos del poder resultan inseparables de la “construcción del yo” (Foucault, 1990). En lo que importa de esos pensamientos para el análisis presente, es que las fórmulas construccionistas ligeras, por lo regular, se evidencian inútiles al enfrentar condiciones de desigualdad, enfermedad o pobreza; no obstante, constituye su mérito haber contribuido a resquebrajar el edificio moderno del Trabajo Social, que presupone soluciones eficaces para problemas claros y delimitados. Problematizando lo que se da por supuesto, esta disciplina no puede, sin más, prescindir de lo relativo, de lo incierto y de la contingencia. En la misma medida en que se ahonda en el cuadro polifacético de la teoría social actual, se tornan más nítidas ciertas peculiaridades del trabajo Social, que le confieren -al menos, potencialmente- fundamento suficiente para levantar su andamiaje teórico. Sin ir más lejos, su inevitable e inmediato quehacer práctico lo hace un sujeto activo en el desarrollo de esta modernidad, en donde la incerteza, la confusión y la duda condimentan la cotidianeidad de la mayoría. La duda de su infancia de no ser más que una extensión, de origen moral, de una vocación de voluntariado, ha quedado resuelta por la historia contemporánea: se trata de otra “disciplina”(Foucault) técnico-racional completamente entreverada con la estructura funcional de la sociedad actual. Que por momentos reine la confusión por doquier -tanto por la multiplicidad de paradigmas al unísono, como por la complejidad extrema de la burocracia departamentalizada, que impiden la visualización del todo-, puede llevar a muchos al ejercicio de una práctica ciega y a una aplicación atolondrada de técnicas atravesadas, mas -dialécticamente- también ese caldo revuelto puede favorecer el enriquecimiento de una reflexión incesante, plenamente entrelazada con la acción, una “reflexión-acción”, como otra expresión de la conocida “investigación-acción”. Además, su ineludible carácter participativo, su vínculo estrecho con individuos y organizaciones, con familias y grupos en su entorno habitual, obligan al Trabajo Social a moverse en una zona híbrida, fronteriza o intermedia, entre el ámbito público y el privado, en la articulación, cada vez más complicada, entre “individuo



y sociedad”.

Desde luego, toda teoría a la cual alguien se adscribe puede ser discutida, reformulada o rechazada, pero necesita ser conocida por los estudiantes. Se puede argumentar, por ejemplo, que los planteamientos de Beck y su prolongación en Giddens -que en el presente artículo son recurrentes- simplemente forman parte de un discurso de moda, del todo congruentes con el individualismo de consumidores en el capitalismo avanzado. Puede ser. Mas la crítica radical requiere, por lo mismo, una contra-argumentación radical. Que nos encontremos en una nueva forma de modernidad, alta o tardía, y no la clásica industrial (fluida y “líquida”, dirá Bauman), es enteramente redargüible -y con fuertes y variados argumentos-, tan sólo partiendo por el hecho de que en nuestros países dependientes (del “tercer mundo” o “en vías de”) nunca se ha vivido una modernidad propiamente tal. Siendo así, amén del constatar en estas tierras la importación de las visiones ideológicas y culturales del primer mundo, en que prevalecen aún hoy las formas tradicionales de las poderosas instituciones estatales -casi todas derivadas de las primeras organizaciones caritativas de la iglesia, en que las claves del orden social permanecen incuestionadas e inalterables, incluso en términos de leyes; en que las reformas apuntan sólo a una mayor eficiencia, un mejor manejo administrativo y contable, pero escasamente al cambio en la visión del problema-, estaríamos sumidos siempre en el conocido contexto del modo habitual de proceder de la política pública. Pero la realidad suele ser porfiada. Importantes fenómenos sociales emergentes son indesmentibles. La incorporación creciente de la mujer a la vida activa, el empequeñecimiento y modificaciones del núcleo familiar, el descenso de la tasa de natalidad, el mayor rango de vida el envejecimiento de la población, la mayor tasa de educados y el aumento del desempleo, la desaparición de las formas de organización y de los proyectos colectivos, el predominio de las estrategias individualizadas de comportamiento, el porcentaje de personas que viven solas, etc., constituyen datos verificables en cada nuevo censo. Este panorama obliga a una reflexión mayor -incluso en los países que no determinan las pautas del acontecer, aunque sí experimenten, a menudo con gran costo, sus consecuencias-, reflexión que resultaría estrecha y limitada si pasara por alto el fenómeno de la “individualización” progresiva en esta época (Beck y Gernsheim, 2002). En la primera modernidad la idea de “sí” y la identidad grupal seguía vinculada al conjunto de lazos familiares y amicales, mayoritariamente directos y locales; luego, en una rápida progresión, el núcleo de la identidad, cada vez más reflexivo, se torna difuso y elusivo (Giddens, 1998). En esta nueva disposición los ordenamientos tradicionales de la autoridad -iglesia, estado, partidos políticos- ven disminuida su fuente de legitimidad y su fuerza de atracción, mientras el “yo” de los individuos atomizados aparece como entidad privilegiada, pero -al mismo tiempo- profundamente sola, desanclada y tan incierta como lo que la rodea. Esto quiere decir que, de cualquier modo, en un contexto de periferia o de centro, la globalización -inherente al carácter del capitalismo desde su inicio- estructurará la vida de los seres humanos hasta en su interior, por lo que, aún allí donde reina el desamparo de los excluidos de la humanidad, no resulta absurdo reivindicar las “políticas de vida” emancipatorias (Giddens, 1997) y, en el corazón de ellas, levantar la cada vez más profunda y urgente concepción de ciudadanía (Rosanvallon, 1995).

En lo concerniente a la revitalización del Trabajo Social, sea que se privilegie la visión de “múltiples opciones” (como en la caricatura liberal) o se destaquen, en nuestros países, las “estrategias de sobrevivencia” (“es lo que hay”), el tema de las políticas emancipatorias, rechazando la desigualdad y extendiendo las bases de los derechos ciudadanos, habrá de

constituir un eje de acción insoslayable; la política de la plena inclusión impregnará todos los ámbitos de la vida, y el Trabajo Social, aunque condicionado como siempre por la política pública de turno, no podrá permanecer ajeno a las demandas de los nuevos ciudadanos (Ferguson, 2003).

#### 4.- El mundo sin territorio y el mundo que no puede dejar su territorio.

En la nueva sociedad -se sostiene-, una de sus características decisivas es la “des-territorialidad”. Scholte en su texto “Globalization: a critical introduction” (comentado por Rix, 2003), distingue cinco concepciones de la globalización: internalización, liberalización, universalización, occidentalización -todas redundantes- menos la última: la des-territorialización. La globalización se refiere, en primer lugar, al advenimiento y expansión de lo que advertimos como global, supra-territorial, trans-fronterizo; ese “no territorio” no acaba con el territorio geográfico, coexiste con él de un modo complejo. De acuerdo con este autor este fenómeno es consecuencia, al menos, por la combinación de las siguientes fuerzas: la emergencia de una conciencia global, como producto del conocimiento reflexivo de la sociedad; la profundización y nueva cualidad del capitalismo; las innovaciones técnicas, particularmente en las comunicaciones y procesamiento de datos; y la creación de nuevos marcos regulatorios, entre Estados y, a la vez, supra-estatales. Lo que importa para el análisis que sigue es el énfasis puesto en el territorio: en un mundo tal, las distancias entre lugares, la presencia o ausencia de fronteras.

o límites, determina poderosa y significativamente la frecuencia y calidad de las interacciones. La globalización se caracteriza por su escape de la lógica territorial: el espacio en que ocurren los eventos no es geográfico, las distancias se tornan irrelevantes y el tiempo alcanza otra dimensión insospechada. Mas, a partir de esta constatación, se desprenden innumerables consecuencias; más allá de ser evidente que las relaciones entre Estados continúan siendo territoriales, la economía global y, siguiendo en esa dirección, el capital, la riqueza y el poder se des-territorializan, los pobres -los de siempre y los nuevos-, justamente por estar o quedar fuera de la sociedad global, son perfectamente ubicables en su territorio (“tierra de nadie”), y -salvo que se los erradique, como se hizo en Chile, por ejemplo- no pueden salir de él; no pueden salir de la pobreza, de igual modo que no pueden salir de su lugar. La sociedad fluida, del constante movimiento, en la cual las élites, cada vez en mayor grado, se tornan en entidades móviles, ubícuas, intangibles e inapresables, instala, al mismo tiempo, en un tiempo detenido y en un territorio restringido, a una multitud de desplazados, que no pueden más que permanecer quietos en el único y precario espacio conseguido (Bauman, 2005). En términos simples, hay quienes se deslizan entre las olas de la sociedad global y hay quienes la observan desde una playa lejana. Por mucho que irrumpen en el escenario las nuevas tecnologías, que suponen las nuevas formas de la inserción, por mucho que la teoría se esmere en los límites de la utopía, el Trabajo Social, irremediablemente, queda envuelto en las redes circunscritas y locales de los desplazados de este mundo.

Ahora bien, la globalización no sólo afecta la lógica del funcionamiento de la nación-estado, sino influye -profundamente- en las condiciones del trabajo y en las oportunidades del trabajo remunerado: la “flexibilización” es corrientemente observada como “informalización”, en donde el trabajador no cuenta con un trabajo seguro por tiempo indefinido, al revés, su permanencia depende de las demandas del mercado; su trabajo es casual, parcial

o temporal, con salarios bajo el mínimo establecido y sin los beneficios adquiridos por ley para los trabajadores regulares. La así llamada flexibilidad en el mercado laboral siempre fue acompañada, en países como los nuestros -al igual que en muchos desarrollados-, por la des-industrialización, por lo que es constatable -y sin duda se constituirá en algo relevante en los próximos decenios- el desempleo estructural continuará permaneciendo y agravándose. Imposible se hace soslayar el hecho, a todas luces chocante, de que prácticamente la mitad de la población activa de estos países está ocupada en el sector informal de la economía. Las nuevas y muy desarrolladas tecnologías, de las cuales nos ocupamos antes, conforman un soporte sustantivo a las condiciones de funcionamiento de las empresas trans-nacionales, las cuales generan una reacción en cadena: ocupan mano de obra allí donde ella es más barata; si las condiciones de un determinado país, para su mejor plusvalía, son engorrosas y costosas, emigran de inmediato a otro; sus cuarteles principales están emplazados en ciudades que ofrecen las mejores condiciones en recursos humanos, conectividad, infra-estructura tecnológica, menores restricciones administrativas e impositivas, en fin, hasta mejor calidad de vida (Sassen, 2007); todo un cuadro en el cual no sorprende que se produzca una mayor diferenciación de la población, fragmentación social o -si se quiere- un distanciamiento creciente y polarización de la sociedad: se configuran las conocidas “ciudades duales” (de Mattos, 2002), en donde ciertos segmentos altamente calificados quedan insertos en el sistema y otros permanecen o llegan a ser ahora superfluos, a no ser que presten servicios menores a los pudientes, incluyendo drogas, prostitución y sus agregados. Por la lógica natural del modelo, que demanda cada vez mayor consecuencia con él mismo, la distancia social en todas partes se agiganta y la masa de desposeídos crece. Paisaje innegable, solamente no visible para quien no lo quiere ver; en él parece sencillamente obtuso plantear la desaparición del Trabajo Social, aún en su forma tradicional.

Con mayor rigor aun, globalización es un concepto abarcativo que requiere múltiples determinaciones, de lo contrario queda como concepto vacío que, en último caso, resulta distorsionante o falsificador. La globalización, por lo que conocemos hasta ahora, está emparentada fuertemente con las políticas de “ajuste estructural” impulsadas por el Banco Mundial y el F.M.I. desde los ochenta. Esta nueva fórmula no soluciona el tema, pero sí se instala por sobre los debates anteriores acerca de las relaciones entre países desarrollados y dependientes[6]. ¿En dónde radicaba esta nueva modalidad? Inicialmente se impulsó el criterio de otorgar préstamos a los gobiernos que realizaran unas específicas reformas económicas; unos años después las medidas fueron explícitas en cuanto a favorecer el libre mercado y la inversión extranjera. Desde esa época hasta el presente se tiene un periodo suficiente como para establecer un balance y poder apreciar las consecuencias: ¿qué ha ocurrido?, ¿cuáles han sido los impactos en las sociedades periféricas de tal ajuste?. (Para un análisis exhaustivo de las consecuencias sociales del ajuste estructural -en particular en América Latina, ver la revisión de Babb, 2005; destacamos de ella, en lo que sigue, sólo lo más relevante para este artículo).

No obstante el postulado básico de los teóricos de la modernización, la era del ajuste estructural no ha significado una mayor similitud o acercamiento entre centro y periferia. Los Estados no desarrollados cumplen hoy menos funciones que antes, y con importantes diferencias con los desarrollados. En general, están menos involucrados en actividades productivas, hay menos protección a la industria nacional frente a la competencia extranjera, menores barreras al movimiento de capitales y al mercado financiero entre sus fronteras, así como menores regulaciones en el mercado laboral. Los gobiernos de estos países -y sus

políticas- se muestran cada vez más dependientes de la inversión extranjera y de las instituciones financieras internacionales. El tercer mundo debe comportarse como un compuesto ciudadano global o enfrentar las consecuencias de la fuga de capitales y la falta de crédito. En este cuadro mayor los servicios estatales encargados de los asuntos sociales y ciudadana se ven disminuidos simplemente por la deuda contraída: los recursos destinados a servir la deuda son recursos que no están disponibles para la salud pública, educación, pensiones, infraestructura, etc. La deuda externa -reconocidamente- importa un impacto significativo en la capacidad de los gobiernos para financiar programas soc[7]. En el caso de América Latina, particularmente, en donde las reformas orientadas al mercado han sido implementadas de la manera más ortodoxa, no sólo no ha mejorado sus niveles de crecimiento, sino, incluso, la desigualdad del ingreso se mantiene o se ha incrementado -lo cual puede ser más agudo aun en otras zonas del planeta-, con una concentración permanente en los altos deciles de la población. Adicionalmente, junto a la casi total desaparición de la agricultura tradicional de menor escala, se constata una importante contracción del mercado formal de la economía, con el consiguiente incremento del trabajo informal, que representa inestabilidad, falta de regulaciones, menores obligaciones para el empleador, mayores costos propios del empleado, menores salarios y, en fin, precariedad y desprotección.

En un contexto de esta naturaleza resulta lógico postular que una menor presencia de un estado protector, allí donde ya existían sectores desprotegidos, crecerá y no disminuirá el volumen de la población vulnerable. ¿Qué habrán de hacer este tipo de Estados, con mayores porcentajes de población inactiva, con mayor deuda y con menores ingresos relativos? Ya lo están haciendo: focalizar el gasto público en grupos muy determinados, mientras no se acrecienta el estallido social. De cualquier modo el Trabajo Social, estatal y no estatal, tiene que saber enfrentar estos nuevos desafíos, saber adecuarse a estas grandes y graves consecuencias del ajuste estructural. El Trabajo Social tradicional no lo podrá lograr; una nueva forma de Trabajo Social, consciente, reflexivo y adecuado a esta nueva modernidad, sí.

### **Bibliografía.**

- Alba, J. A. “Una aproximación al pensamiento de J. Habermas, la democracia y la tecnología contemporánea”. X Jornadas Nacionales de investigadores en comunicación. San Juan, 2006.
- Babb, S. “The social consequences of structural adjustment: recent evidence and current debates”. Annual Review of Sociology. Palo Alto: 2005. Vol. 31 pg. 199, 24 pgs.
- Bauman, Z. “Modernidad líquida”. Fondo de cultura económica: Argentina. 2005.
- Bauman, Z. Y Tester, K. “La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones”. Eds. Paidós. 2002.
- Beck, U. “La sociedad del riesgo global”. Siglo XXI, España Editores. 2002.
- Beck, U. “La sociedad del riesgo”. Hacia una nueva modernidad. Eds. Paidós. 1998.
- Beck, U., y Beck-Gernsheim, E. “Individualization”, London, Sage. 2002. -Berger, P., y Luckman, Th. “La construcción social de la realidad”. Amorrortu. 1968.
- Cabrera, P. J. (Director)., Rubio, M. J., Fernández, Y., Alexandres, S., Rúa, A., Fernández,



E., López, J., y Malgesini, G. “Un estudio sobre las posibilidades de las TIC en la lucha por la inclusión social en España». *Comillas, Universidad Pontificia y Fundación Telefónica. Madrid. 2005.*

- Cooper, B. “Constructivism in Social Work”. *British Journal of social work*; 2001; 31, 721-738.
- de Mattos, C. “Transformación de las ciudades latinoamericanas: ¿impactos de la globalización?”. *EURE*, v. 28 n. 85 Santiago, 2002.
- Dogan, M., y Phare, R. “Las nuevas ciencias sociales”. de. Grijalbo, 1993.
- Elias, N. “El proceso de la civilización”. *Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica. México. Reimpresión colombiana, 1997.
- Elias, N. “La sociedad de los individuos”. Barcelona, Edicions 62/Península, 1990.
- Ferguson, H. “In defence (and celebration) of individualization and life politics for social work”. *British Journal of Social Work*; 2003; 33, 699-707.
- Foucault, . “Las palabras y las cosas”. Siglo XXI Editores. 1971.
- Foucault, M. “Tecnologías del yo”. Editorial Paidós. 1990.
- Freidson, E. “Professional Powers: a study in the institutionalization of formal knowledge”. Chicago: University of Chicago Press, 1986.
- Giddens, A. “Consecuencias de la modernidad”. Alianza editorial. Madrid, 1997.
- Giddens, A. “Modernidad e identidad del yo”. *El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península. 1998.
- Giddens, A., Bauman, Z., Luhmann, N., Beck, U. “Las consecuencias perversas de la modernidad”. Barcelona, Anthropos, 1996.
- Habermas, J. “Teoría y praxis”. Editorial Tecnos. 1997.
- Houston, S. “Beyond social constructionism: critical realism and social work”. *British Journal of Social Work*; 2001, 31, 845-861.
- Kadritzke, N. “Grecia, el enfermo del día”. *Le Monde diplomatique*, marzo, 2010.
- Kreuger, L. W. “The end of social work”. *Journal of Social Work Education*. Washington: Winter 1997. Vol. 33, Iss. 1; pg. 19, 9 pgs.
- Mead, G. “Espíritu, persona y sociedad”. Editorial Paidós. 1990.
- Parton, N. “Changes in the Form of Knowledge in Social Work: From the ‘Social’ to the ‘Informational?’”. *British Journal of Social Work*; 2008; 38: 253-269.
- Prior, D., Stewart, J. y Walsh, K. (1995). *Citizenship: Rights, Community & Participation*. London: Pitman Publishing.
- Rix, M. “Globalization: a critical introduction”. *Personnel Review*. Farnborough: 2003. Vol. 32; pg. 252, 8 pgs.
- Rosanvallon, P. “La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia”. Eds. Manantial. Buenos Aires, Argentina. 1995.
- Sassen, S. “Una sociología de la globalización”. Eds. Katz, Buenos Aires. 2007. -Schuts,

A. y Luckmann, T. "Las estructuras del mundo de la vida". Amorrortu editores. Buenos Aires, 1973.

- Smith, C. "Trust and confidence: possibilities for social work in "High Modernity". *British Journal of Social Work*; 2001, 31, 287-305.

- Walker, S. "Tracing the contours of postmodern Social Work". *British Journal of Social Work*; 2001; 31, 29-39.

- Wallerstein, I. (coord.) Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. "Abrir las ciencias sociales". Siglo XXI editores, 1996.

- Wolf, M. "Sociologías de la vida cotidiana". Ediciones Cátedra. 1990.

---

[1] "Todo es post. Al "postindustrialismo ya hace mucho que nos hemos acostumbrado. Aún le atribuimos contenidos. Con la "postmodernidad" todo comienza ya a diluirse..."Post" es la clave para el desconcierto que se enreda en las modas. Esta palabra remite a algo que está más allá y que no puede nombrar, y en los contenidos que nombra y niega permanece en el letargo de lo conocido". (Beck, 1998).

[2] Véase al respecto el notable análisis de Rosanvallon en "La nueva cuestión social", (1995).

[3] El niño que entra a la red de protección del Sename (Chile), debe ser registrado en las formas que establece el sistema, así sea que, en su realidad, esto no sea cierto.

[4] Las ramificaciones dicotómicas se observan en el Trabajo Social acostumbrado: técnicas de origen dinámico y conductista, modelos de organización institucional dialéctico-materialistas, estructuralistas y funcionalistas, intervenciones basadas tanto en teorías del aprendizaje como sistémicas, terapias centradas en narrativas o constructivistas, lo que comporta -en rigor-una mezcla imposible o, con toda propiedad, un diseño auténticamente "postmoderno".

[5] Para un análisis pormenorizado de la teoría social, en muchos planos cercano a lo que aquí se expone, ver: De la Garza Toledo, 2006.

[6] Para los teóricos modernistas, el desarrollo del capitalismo, la democracia, urbanización e industrialización, el funcionamiento de las instituciones y el bienestar, formaban parte de un mismo proceso que seguía, más o menos, un camino similar en todas partes. Los teóricos de la dependencia -a su vez-postulaban que el dominio de los países ricos determinaba que la modernización era diferente en el centro o en la periferia donde ésta ocurría.

[7] Al momento de escribir este artículo la crisis del déficit público en Grecia ya era evidente, con las consiguientes medidas de austeridad impuestas al gobierno, particularmente en el gasto en seguridad social. Ver: Kadritzke, 2010.